JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS

Escritor y profesor de filosofía, ha estudiado durante muchos años la filosofía de Karl Marx.

Ha escrito numerosos ensayos sobre la materia, el más conocido de los cuales, "Marxismo y cristianismo", ha alcanzado diecisiete ediciones en varios idiomas con más de 150 mil ejemplares. Su obra más sistemática y extensa es el volumen titulado "El marxismo: visión crítica", con dos ediciones en España y una en Chile. Dos veces Doctor en Filosofía por universidades europeas (Roma y Madrid), es miembro de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile.

MARXISMO RELIGIÓN AL REVÉS — *José Miguel Ibáñez Langlois*

EDITORA 5079

¿Y en qué consiste ese trabajo tan delicado?, dije.
En darles unas cuantas clases de marxismo,
no muchas, lo suficiente para que se hagan una idea,
a unos caballeros a quienes todos los chilenos les
debemos mucho, dijo el señor Odeim acercando
su cabeza a la mía y echándome sobre la nariz una
vaharada de cloaca. No pude evitar arrugar el ceño.
Mi gesto de desagrado hizo que el señor Odeim
se sonriera. No se rompa el cráneo, me dijo, jamás
adivinaría de quiénes se trata.

Nocturno de Chile • ROBERTO BOLAÑO

ercilla n°2397,
08 de julio 1981

Los días 16, 18, 23 y 25 de junio tuvo lugar en el edificio Diego Portales un ciclo de charlas sobre la filosofía marxista. En las fechas mencionadas, entre las 15.30 y las 17.30 horas el expositor, padre José Miguel Ibáñez, desarrolló un detenido análisis del pensamiento marxista, ante las autoridades máximas del pais: el Presidente de la Republica, los ministros de Estado, los subsecretarios, el cuerpo de generales y almirantes, representantes de la Secretaría Nacional de la Mujer y de la Juventud.

José Miguel Ibáñez Langlois, escritor y profesor de filosofía, ha estudiado durante muchos años la filosofía de Karl Marx. Ha escrito numerosos ensayos sobre la materia, el mas conocido de los cuales, *Marxismo y cristianismo*, ha alcanzado diecisiete ediciones en varios idiomas, con más de 150 mil ejemplares. Su obra mas sistemática y extensa es el volumen titulado *El marxismo: visión crítica*, con dos ediciones en España y una en Chile. Dos veces Doctor en Filosofía por universidades europeas (Roma

y Madrid), es miembro de la Academia de Ciencias Sociales, Politicas y Morales del Instituto de Chile. El expositor del ciclo respondió así a nuestras preguntas:

—*Un ciclo de esta naturaleza, para un auditorio que encabeza el propio Presidente y que se compone de todos sus colaboradores más inmediatos, tiene algo de insólito. ¿Cómo se originó?*

— Por iniciativa personal y expresa del Presidente. El está sumamente interesado en promover y difundir el análisis del marxismo-leninismo, con rigor científico y filosófico, en todos los niveles. Y ha querido comenzar por el propio equipo de gobierno, para predicar con el ejemplo.

—*¿Y qué opina usted sobre este interés presidencial?*

—Lo comparto plenamente, y por eso acepté hacerme cargo de este ciclo. Muchas veces he lamentado la ignorancia que existe sobre la materia, y el vacío intelectual que ésta deja en el ámbito del pensamiento. A menudo priman, sobre el marxismo, actitudes puramente

emocionales, que derivan en conductas ingenuas —a favor o en contra—. Y tales actitudes deben ser ilustradas y corregidas por la racionalidad de un estudio doctrinal y ético.

—*¿Podría dar ejemplos de esas ingenuidades?*

—Como no. La ingenuidad de tantos diálogos católico-marxistas, que se hacen a expensas de la fe. La ingenuidad de creer que el solo progreso económico alejará al marxismo. La ingenuidad de las fuerzas "democráticas burguesas", con las cuales el marxismo busca y consigue alianzas, calificadas de "puramente tácticas" por el propio marxismo. La ingenuidad de creer en esa "dialéctica", según la cual el odio exacerbado nos llevará al reino del amor...

—*Usted ha sostenido siempre la plena dedicación pastoral del sacerdote, con prescindencia de la politica. ¿No cree que el desarrollo de este ciclo lo haya mezclado en politica?*

—No, de ninguna manera. Mi análisis del marxismo se ha ceñido estrictamente a lo filosófico y, eventualmente, a lo teológico, en los dominios de la ontología, la antropología, el derecho natural... y el sentido común.

—*Pero, por la composición misma de la concurrencia, lo que dijo habrá sido del gusto del gobierno...*

—He dicho y repetido que el marxismo es un error como teoría y un horror como práctica; si eso gusta al gobierno, no puedo sino alegrarme de que así sea; lo mismo dije y escribí durante la Unidad Popular. Pero

mire, a la salida de una de las charlas, alguien —alguien del gobierno— me dijo: "Usted dice al gobierno cosas más duras que el Cardenal".

—*¿Qué clase de cosas?*

—Morales, por supuesto. Sobre la pornografía, el hedonismo del consumo, la anticoncepción, la destrucción de la familia...

—*Pero, ¿no cree que, frente a esos problemas, la Iglesia es tanto o más responsable que el Estado en la prevención o extensión de semejantes males?*

—Si, eso es exactamente lo que creo, dentro de la diversidad de medios de una y otro.

—*¿Y, entonces?*

—Entonces, he dicho y diré con todas sus letras que la única alternativa integral frente al marxismo es la fortaleza moral y la identidad religiosa de la fe cristiana.

—*¿Tendrá, el público, acceso al contenido completo de esas conferencias?*

—Entiendo que se graban y van a publicarse. En todo caso —valga la autopropaganda— me he ceñido fielmente a las ideas de mi propio libro *El marxismo: visión crítica*, que esta —o deberia estar en las librerías, pues no creo que se haya agotado ni mucho menos.

A continuación ofrecemos una síntesis de esas ocho conferencias sobre la filosofía marxista.

OPÚSCULO,
MARXISMO: RELIGIÓN AL REVÉS

EL MATERIALISMO DIALÉCTICO COMO FILOSOFÍA

El pensamiento de Marx se formó en el clima de las tres grandes revoluciones modernas: la revolución industrial en Inglaterra, la revolución política en Francia y la revolución filosófica en Alemania. Simpatizante de la ideología liberal que se alzaba triunfante sobre las viejas monarquías, Marx se convenció pronto de que el "pueblo soberano", el gran personaje de la nueva democracia, gozaba teóricamente de tan altos derechos políticos como ínfima era su condición efectiva en lo económico-social bajo el dominio de los nuevos patrones burgueses.

Pero a diferencia de los socialistas utópicos, que pretendían mejorar la situación del proletariado según ideales abstractos de justicia burguesa, Marx cifró sus esperanzas en la propia mecánica del maquinismo industrial: si el nuevo modo de producción era social —la sociedad entera había llegado a ser como un solo

trabajador de innumerables brazos—, entonces el modo de apropiación individual —la propiedad privada— era una inmensa contradicción llamada a desaparecer prontamente en favor de la propiedad colectiva: el capitalismo engendraba a su propio sepulturero, la clase proletaria.

Esta, cada vez más numerosa y empobrecida, se enfrentaría a un número de señores cada vez más escaso y enriquecido, según la doble ley de la concentración empresarial y de la proletarización creciente. De allí la inminencia de la revolución proletaria, que instauraría su propia dictadura, como fase de transición hacia la nueva sociedad sin clase, sin explotación, sin Estado: el reino del hombre social, del trabajo dichoso, del idilio con la naturaleza, de la libertad sin límites, del hombre infinito.

Para conceptualizar esta utopía, Marx acudió al pensamiento de Hegel, tal como lo interpretaba la "izquierda hegeliana": el principio del movimiento

universal es la contradicción, bajo la forma del supremo triángulo dialéctico: ser/no ser/devenir, y así hasta el infinito: tesis/antítesis/síntesis. Esta concepción se adecuaba al ateísmo radical de Marx —la realidad es autodinámica—, y le ofrecía la herramienta precisa para la interpretación histórica: el motor de la historia es la lucha de clases; sus dos polos de contradicción absoluta, la burguesía y el proletariado; la revolución proletaria es la síntesis final del devenir humano.

Sólo que el movimiento dialéctico de tesis/antítesis/síntesis había sido descrito por Hegel como el devenir del Espíritu, entidad que para Marx es una ilusión burguesa. La verdad revolucionaria es el materialismo: la dialéctica es la fuerza inmanente de la materia cósmica. La materia es eterna, autodinámca, evolutiva: la naturaleza se hace historia para alcanzar, en el mundo del hombre, la culminación absoluta del reino comunista.

UN PENSAMIENTO ESTÁTICO Y EMPOBRECIDO

El marxismo se presenta, pues, como una visión cósmica, de aliento revolucionario, tan científicamente veraz como prácticamente eficaz en la transformación del mundo. Es la teoría interna de una revolución infalible que promete al hombre el cielo en la tierra, por la obra de la supresión de la propiedad privada. **A más de un siglo de**

su formulación, sin embargo, se aprecia el error global de sus profesías. La revolución científica y tecnológica ha modificado a la sociedad según formas muy diversas de las que Marx soñó. No hubo proletarización creciente, sino una elevación progresiva del nivel de vida de los trabajadores; entre los polos "absolutos" de la burguesía y el proletariado medió la asombrosa aparición de las clases medias, ni asalariadas ni dueñas de los bienes de producción*; la revolución socialista no estalló en los países más industrializados por obra del proletariado urbano, sino por vías políticas y militares en países que no reunían las "condiciones objetivas" de la revolución.

Durante este lapso, el marxismo como filosofía cristalizó en la forma leninista soviética: un pensamiento rígido, cerrado, hostil al descubrimiento científico y a la creación espiritual. Como filosofía de la naturaleza, no ofrece explicación alguna al problema metafísico del movimiento, al origen del universo, al sentido y fin del devenir cósmico: yuxtapone la dialéctica al materialismo en forma puramente nominal y, en el fondo, contradictoria; atribuye a la materia la inteligencia y el finalismo del Espíritu hegeliano, hace triunfar a la Providencia en el choque de átomos o la descarga eléctrica.

* Los textos en **Bold** se dejaron a semejanza del opúsculo. (N. del Ed.)

Como filosofía del hombre, aplasta a su sujeto en la categoría de "epifenómeno" o fenómeno de superficie en la materia cósmica; toda su intención humanista inicial se frustra al hundir al hombre en las fuerzas fatales de la naturaleza infrahumana, y no ofrece respuesta alguna a los problemas existenciales del sentido de la vida, del dolor, del amor y de la muerte.

No responde a nada; es —como lo reconoce Sartre, marxista a su manera— sólo un mito útil para fines revolucionarios a corto plazo en el orden político; "pero, por poco que la empresa sea de larga duración, no es un mito lo que necesita, sino una verdad". El desprecio de Lenin por los "porfiados hechos" es sólo una bravata. Puesto que va a contrapelo de la naturaleza del universo y del hombre, el marxismo tiene sus días contados: no prevalecerá.

LA TEORÍA MARXISTA DE LA ALIENACIONES

"Alienación" es el término empleado por Marx para designar la pérdida del sujeto humano en los objetos que él mismo ha creado: mercancía, capital, clase, Estado, pensamiento abstracto, religión, Dios. El hombre se separa de sí mismo, se enajena en estas entidades ilusorias y es dominado por ellas.

Religión, filosofía y moral son las alienaciones más abstractas y fantasmagóricas. El hombre inventa a Dios

como evasión —"opio del pueblo"— justificación o consuelo de los conflictos económicos no resueltos. Resuelve ilusoriamente estos conflictos —los únicos reales— en el limbo de la filosofía, de las verdades eternas y de los valores morales, cuyo efecto no es otro que sancionar los intereses de la clase dominante.

La alienación política o el Estado es otra forma ilusoria de resolver las contradicciones reales, por la acción de un supuesto árbitro superior —la Autoridad— que no es sino un instrumento al servicio de la burguesía. Todas estas alienaciones —religión, filosofía, Estado— tienen su raíz en otra más profunda: la alienación social, es decir, la creencia ilusoria de que existe una "sociedad" común a ambas clases en pugna, siendo que nada hay de común —ni un Dios ni una patria ni una ley— entre burguesía y proletariado.

Todos los puentes comunicantes entre ambas clases son inventos de la burguesía para amortiguar la lucha social en favor de sus intereses económicos. Pues la alienación última y radical es la económica: el proletariado se enajena en la mercancía, su propia fuerza de trabajo se convierte en objeto mercantil, se cosifica y le es arrebatada en forma invisible, bajo la apariencia "objetiva" de las leyes económicas del mercado. Pero esta alienación suprema —el capitalismo— se destruirá a sí mismo, pues engendra dialécticamente a su contraario: la

revolución proletaria, la propiedad colectiva, la sociedad sin clases, el reino de la libertad.

El proceso de las alienaciones, así como la revolución que las suprimirá, posee una estructura dialéctica. Si la burguesía es la "tesis", el propletariado es la "antítesis", y la sociedad comunista es la "síntesis" final. El materialismo de esta interpretación histórica consiste en la reducción de todas las alienaciones —o engaños "espirituales"—, a su raíz material, la infraestructura económica.

Se llama materialismo histórico a esta interpretación que ve en la cultura espiritual —religión, pensamiento, arte, moral, derecho, política— el mero reflejo del modo de producción económica de cada época. Así, por ejemplo, el molino a mano y la producción artesanal engendran la sociedad feudal con todas sus instituciones o "superestructuras" reflejas: la monarquía de derecho divino, las pinturas de Fra Angélico, la Suma Teológica, la piedad medieval, etcétera.

LA TEORÍA MARXISTA DE LA ALIENACIONES

No es difícil invertir este proceso y mostrar precisamente al materialismo histórico —teoría y praxis— como la verdadera alienación. Interpretar toda la historia humana en términos de determinismo económico es una falsedad aberrante. La propia economía es un fenómeno que debe

interpretarse, a la inversa, en términos de cultura y libertad, no de mera "biología histórica" como pretende Marx.

El materialismo histórico no es una verdad, sino apenas una "verosimilitud" relativa a aquella época —el capitalismo decimonónico—, cuando el hombre parece entregado a las determinaciones económicas. Marx proyecta los peores vicios de la sociedad burguesa a la historia entera de la humanidad. Su "biología histórica" es, más exactamente, una "patología social" sin base en una fisiología del organismo sano.

De allí que Marx esperara la salud final de la propia exarcebación de la enfermedad: la lucha de clases, el odio irreconciliable, la violencia apocalíptica. El marxismo no sufre compasión moral hacia el desposeído; más bien debe aprobar los peores vicios capitalistas como una fase necesaria que conduce "dialécticamente" a la redención. **El marxismo no está propiamente interesado en el bienestar y mejoramiento de la clase obrera, que lleva al mero "reformismo" y a la conciliación del trabajo con el capital; le interesa, al contrario, el deterioro definitivo del proletariado, para que, a partir de esta "nada social", se produzca dialécticamente el "todo" del reino comunista.**

La "aureola romántica" que rodea al marxismo como defensor de los derechos del pobre debe ser desenmascarada.

Por lo que respecta a la religión, la filosofía y la moral, la interpretación marxista es burda, hostil, de brocha gorda. Existe, en verdad, una cultura espiritual burguesa con caracteres de evación, consuelo y justificación de los intereses del capital. Pero definir en tales términos a la cultura en sí es una simplificación inaceptable. La interpretación marxista de la religión es del todo ajena a la historia de las religiones, a la antropología religiosa y aun a la más elemental experiencia de lo divino.

La denuncia de la filosofía como pensamiento "abstracto" y "clasista" puede volverse en su contra con suma precisión. Lo mismo ocurre con la visión marxista de la moralidad: sería lícito matar, robar y mentir cuando tales actos favorecen a la revolución marxista: relativismo deleznable, que explica bien la "doble moral" comunista: en sus propios países intentan un cierto "orden" moral, y en los países que aún no han conquistado favorecen la pornografía, el aborto, la anticoncepción, la destrucción de la familia, todos los excesos que puedan minar las reservas morales de la sociedad.

La gran debilidad actual de Occidente frente al acoso comunista reside en esos grandes vicios de la sociedad permisiva: el materialismo práctico, el

hedonismo, la promiscuidad sexual, la desintegración familiar, que pavimentan el camino del imperialismo soviético. Por eso, en un país como el Chile de hoy, la Iglesia y el Estado —cada uno en su respectivo orden— están llamados a promover esa purificación moral y espiritual que es la defensa básica del mundo cristiano ante el asalto colectivista.

LA LUCHA DE CLASES

La esencia política del Estado dista mucho de ser el mero instrumento represivo de la clase dominante. Incluso una visión positivista de la historia debe hacer lugar a ciertos resortes sicológicos no reductibles a la economía, como la "voluntad de poder" apuntada por Nietzsche. Pero, más allá de tales factores de hecho, la esencia moral afirmativa del Estado reside en la naturaleza misma del orden social: toda sociedad implica necesariamente una autoridad que la gobierne.

El "autogobierno social" del paraíso comunista es una utopía impracticable: en toda sociedad hay quien manda y quien es mandado, incluso en las agrupaciones donde impera el más alto consenso e identidad de fines, como en las comunidades religiosas. Los déspotas que, como Stalin, se proclaman —a lo hegeliano— "encarnaciones del Pueblo", son los más

peligrosos, pues rodean su arbitrariedad personal con el velo místico del autogobierno social.

Tampoco la alienación social —la sociología marxista— sale mejor parada del análisis crítico. Pues mezcla observaciones empíricas reales con auténticos mitos. La hipótesis según la cual el proletariado es un no-ser social, una negatividad dialéctica pura, que por eso mismo contiene en germen la pura positividad del futuro reino comunista, no es una hipótesis científica, sino filosofía, y de la mala.

Estos proletarios que son seres físicos y metafísicos a la vez, particulares y universales a la par, históricos y apocalípticos al mismo tiempo, en realidad son pura mitología. La lucha de clases real —un conflicto relativo y de intensidad variable— es convertida por Marx, bajo el imperio de la dialéctica, en un choque metafísico absoluto, como la contradicción entre el ser y la nada.

A su vez, esta perspectiva encierra una valoración doble e inconciliable: es por una parte un moralismo absoluto (y maniqueo, pues el proletariado es el bien en sí y la burguesía el mal en sí), y por otra parte es de una amoralidad perfecta, en cuanto pura "biología histórica" que da cuenta de ambas clases como dos "organismos", uno de los cuales al morir engendra al otro.

Estas afirmaciones son tan mitológicas, que Lenin debió corregirlas esencialmente. Lenin comprendió que los

proletarios reales, que aspiraban sólo al mejoramiento de sus condiciones de vida y no al apocalípsis, se "aburguesaban" de por sí: se pasaban al campo enemigo. Por eso elaboró la tesis de una "vanguardia del proletariado", un grupo de activistas profesionales de la revolución; el Partido, —verdadero y único representante de la conciencia proletaria— que impidiera al proletariado "traicionar su misión" y que , en nombre suyo, hiciera la revolución. Lo cual significó dejar de lado las dos grandes ideas marxistas: la "espontaneidad revolucionaria" del proletariado y su carácter mesiánico.

Para que la praxis política del socialismo funcionara, debió echar por la borda su teoría. Para encarnar a Marx debió contradecirlo. Pero, por cierto, la pretensión de que el Partido "representa" al proletariado es ya gratuita, además de ser filosóficamente "idealista" en el sentido que horrorizaba a Marx.

economía, revolución, comunismo

Así como religión, filosofía, moral, etcétera, no se explican en modo alguno por la infraestructura económica, así también, a la inversa, lo que Marx llama "alienación económica" —el capitalismo— no se explica de ningún modo a sí mismo en términos económicos. Es visible la impotencia de Marx para explicar el origen del capitalismo

sin tener que recurrir, por fuerza, a elementos éticos, sicológicos y conturales de libertad moral.

Marx denuncia en términos patéticos la cosificación del hombre y su fuerza de trabajo como mercancía. Se trata, por cierto, de una denuncia moral, que ve en el hombre un sujeto de derechos y un principio inconmensurable en relación a la materia —es decir, un principio espiritual—. Allí radica toda la fuerza de su denuncia. Pero ese factor moral y espiritual no tiene cabida alguna en el materialismo dialéctico e histórico, en la "biología histórica" que el marxismo pretende desarrollar.

Su denuncia sólo adquiere sentido en un contexto que Marx rechazó explícitamente: el derecho natural, la moral burguesa, la espiritualidad, el cristianismo. He allí la profunda contradicción del análisis marxista, que se prolonga en su llamada —moral, ciertamente— a la revolución de los proletarios unidos. El marxismo juega aquí en dos planos incoherentes: una mística revolucionaria de clara estirpe moral, y una predicción biológica y determinística de la revolución y de la nueva sociedad comunista como productos fatales de una ley natural.

No es extraño, pues, que el resto de sus predicciones también sean contradictorias. La futura desaparición del Estado es enteramente utópica. Y el contenido de ese comunismo venidero es mitológico y se contradice

con las leyes históricas que él mismo postuló: es un paraíso terrenal, una nueva historial ya sin dialéctica, una aparición total del sentido de la historia. Un cielo, en suma, incompatible con las leyes que él mismo postuló para la tierra, es decir, para el acontecer histórico material y dialéctico. Su paraíso es incompatible con la temporalidad.

Es, en realidad, **un remedo del cielo cristiano**, del Reino mesiánico, del Absoluto. Todo lo válido que pudiera haber en la experiencia marxista es una **versión herética e invertida de la fe cristiana original, que por eso mismo se presenta como la única alternativa válida e integral frente al comunismo en el mundo contemporáneo**.

MARXISMO Y FE CRISTIANA

El mero anticomunismo, como todo *anti* es una actitud limitada. A la negación marxista hay que enfrentarle un gran sí, una afirmación rotunda. ¿Afirmación de qué? De las realidades que, con comunismo delante o sin él, es un imperativo ético promover. Es obvio que la prosperidad económica y la armonía social de una nación son defensas válidas frente al marxismo: condiciones necesarias, pero en absoluto suficientes para detenerlo. Tampoco la mera represión política —necesaria frente a las fuerzas del terror y la violencia— lleva las de triunfar. Los vicios de la sociedad permisiva, la destrucción

de la familia, el entontecimiento de la televisión, el analfabetismo ilustrado, el positivismo científico y la irreligión —ese triste coctel de los países que se llaman desarrollados— es más bien el caldo de cultivo de la indefensión frente al imperialismo comunista.

Una mirada penetrante sobre el mundo contemporáneo nos convence de que **sólo la fuerza afirmativa del cristianismo** es capaz de sortear el atolladero histórico del marxismo actual.

Este diagnóstico se confirma cuando descubrimos el carácter extrañamente "religioso" del marxismo. Se trata, por cierto, de una religión al reves, **del odio elevado a categoría mística**. El ateísmo marxista es una "religión" de la materia dialéctica y del hombre absoluto, una deificación invertida —de abajo hacia arriba—. Los rasgos mesiánicos del proletariado en la mente de Marx —su aniquilamiento total, su muerte redentora como fuente de vida para la humanidad entera— no pueden dejar de recordar, bajo la forma de una caricatura, a Cristo en la cruz.

El paraíso comunista es una versión inmanente y secularizada del Reino de Dios en la tierra. Al pasar por Rusia, el marxismo no hace sino confirmar su carga mística y mesiánica, cumpliendo a la letra ciertas predicciones de Dostoiewski, y no por cierto de Marx. El marxismo-leninismo soviético posee —todo esto va entre comillas—

unas sagradas escirituras, unos profetas y doctores, una ortodoxia, una infalibilidad doctrinal, una estructura de secta gnóstica y la causa histórica de una guerra santa. Su revelación es la revolución. En el corazón del marxismo late la tentación diabólica original: "seréis como dioses".

EL DILEMA DE LA IGLESIA CATÓLICA

Se comprende, pues, que los **cristianos tentados por el marxismo o infiltrados de leninismo** en sus teologías de la "liberación" sean hoy uno de los fenómenos más **trágicos** que vive el mundo católico. Aquellos que pretenden separar en el marxismo elementos ateos y elementos "válidos", por ejemplo el "sistema" marxista calificado de erróneo y el "método" marxista calificado de eficaz para interpretar la historia y para modificarla, están llamados a un final de trágica desilusión. O bien porque el marxismo terminará con ellos después de haberlos usado como **aliados útiles**, o bien porque ellos mismos terminarán renegando de su fe original. Los que comienzan **"interpretando" a Cristo con "métodos" marxistas** terminan, por la dialéctica interna de este proceso, siendo marxistas sin más, aunque todavía **gusten del uso nominal del apelativo cristiano**. Arrastrados necesariamente hacia la violencia y el relativismo moral, creen abrir camino futuro a Cristo en la justa medida

en que se lo **cierran** a Cristo y a la humanidad entera. El desafío actual es exactamente inverso, y reside en la santificación del trabajo humano.

Con cierta dosis de optimismo, cabe pensar que asistimos al nacimiento de un mundo planetarizado, interdependiente, altamente tecnificado, cuya realidad central será el trabajo humano. No ya los privilegios de sangre o casta, ni tampoco los de la simple posesión del capital. Dos serían los desafíos cruciales de ese mundo: la organización externa de un trabajo verdaderamente humano en sus condiciones materiales, y la transfiguración interna y ético-religiosa del trabajo como vocación divina del hombre sobre la tierra.

El humanismo ateo del trabajo es impotente delante de esta última dimensión. Sólo un cristianismo seguro de su identidad original y fuerte en sus valores eternos es capaz de enfrentar ese desafío, con todas sus consecuencias sobre el régimen de propiedad, la empresa, el Estado y la cultura.

El vacío de las ideologías declinantes, con su mística sin Dios, no podrá llenarlo el mero pragmatismo, sino sólo una vitalidad cristiana renovada a partir de su propia savia creadora, y capaz por eso de orientar la revolución científica y tecnológica, el ascenso del proletariado como fuerza social, y la entronización del trabajo como centro de la existencia humana sobre la tierra.

C O L O F Ó N

El presente opúsculo es la transcripción de la revista *Ercilla N°2397* del 8 de julio 1981 y editada en el opúsculo *Marxismo: Religión al revés* de la División de comunicación social de la Dictadura cívico-militar chilena. El texto es la síntesis de las ocho conferencias dictadas por el sacerdote Opus Dei y crítico literario José Miguel Ibáñez Langlois —o como Roberto Bolaño le nombra en *Nocturno de Chile*, Sebastián Urrutia Lacroix— ante la junta y sus adictos, los días 16, 18, 23 y 25 de junio en el edificio Diego Portales, entre las 15^{30}PM y 17^{30}PM

✦

E D I T O R A 5 0 7 9